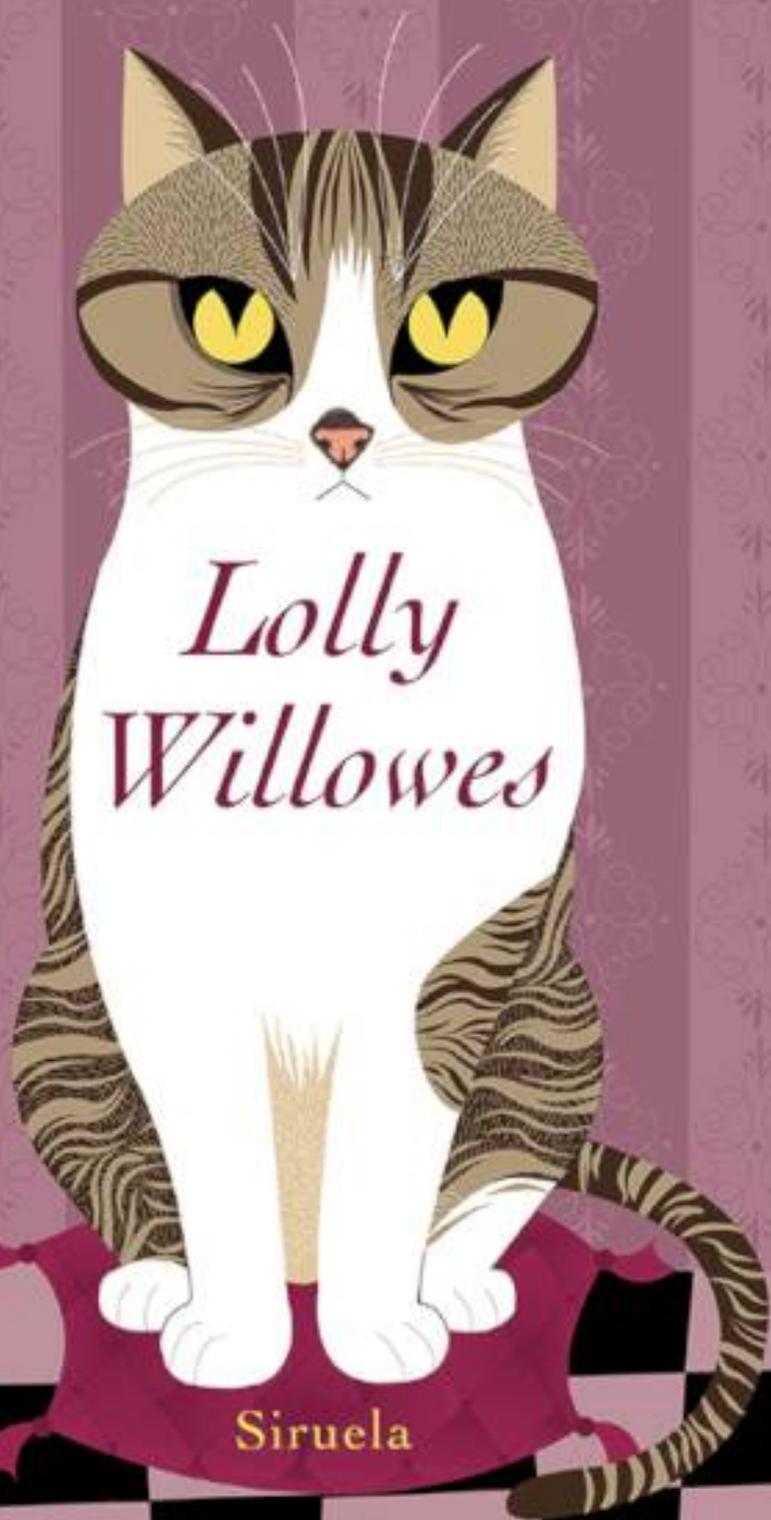


SYLVIA TOWNSEND WARNER



*Lolly
Willowes*

Siruela

Edición en formato digital: junio de 2016

Título original: *Lolly Willowses*

En cubierta: ilustración de © Cynthia Plaza / Getty Images

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© First published in Great Britain in 1926 by Chatto & Windus

Published in 1993 by Virago Press; reissued in 2012 by Virago Press

Copyright © The Estate of Sylvia Townsend Warner, 1926

This Spanish edition is published by arrangement with Virago Press,

an imprint of the Little, Brown Book Group

© De la traducción, Celia Montolío

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16749-61-4

Conversión a formato digital: María Belloso

A Bea Isabel Howe

PRIMERA PARTE

Al morir su padre, Laura Willowes se fue a vivir a Londres con su hermano mayor y su familia.

—Por supuesto —dijo Caroline—, vendrás con nosotros.

—Pero no quisiera arruinaros los planes. Es mucha molestia. ¿Seguro que queréis que vaya?

—Pues claro que sí, querida.

Caroline hablaba con tono afectuoso, pero tenía la cabeza en otra parte. Habían vuelto a Londres a comprar un edredón para la cama del cuarto de invitados pequeño. Si acercaban el aguamanil a la puerta, ¿sería posible encajar un escritorio entre este y la chimenea? ¿Quizá mejor un buró, que tiene más cajones? Sí, eso. Lolly podía traerse el pequeño buró de nogal, con sus tiradores falsos a un lado y esa tapa que saltaba cada vez que tocabas el resorte junto al tintero. Había pertenecido a la madre de Lolly, y esta siempre lo había utilizado, así que Sibyl no podía poner ninguna objeción. En realidad, Sibyl no tenía ningún derecho a quedárselo. Solo llevaba dos años casada con James, y si el buró había dejado marcas en el papel pintado de la salita, le sería fácil poner otra cosa en su lugar. Una peana con helechos y macetas quedaría la mar de bien.

Lolly era una criatura apacible, y las niñas la querían; enseguida se adaptaría a su nuevo hogar. Era una pena

prescindir del cuartito. No podían cederle el cuarto grande a Lolly, y el pequeño era, de los dos, el más práctico para los invitados corrientes: no dejaba de ser una extravagancia lavar un par de sábanas de lino de las grandes para esos visitantes que apenas venían a pasar un par de noches. En fin, ahí estaba el cuartito, y Henry tenía razón: Lolly tenía que irse a vivir con ellos. Londres le supondría un grato cambio. Conocería a gente agradable, y allí tendría más posibilidades de casarse. Lolly tenía veintiocho años. Iba a tener que darse prisa si quería encontrar marido antes de los treinta. ¡Pobrecilla! El negro no le sentaba nada bien. Tenía la tez cetrina, y sus ojos grises asomaban más claros y sorprendentes que nunca por debajo de aquel sombrerito negro tan poco favorecedor. El luto nunca sentaba bien cuando lo comprabas en una ciudad de provincias.

Mientras aquellos pensamientos iban desfilando por la cabeza de Caroline, Laura no pensaba nada en absoluto. Había cogido un geranio rojo, y se estaba tiñendo la muñeca izquierda con el líquido de los pétalos aplastados. Cuando era más joven, se había teñido las pálidas mejillas de la misma manera, y se había inclinado sobre el depósito de agua del invernadero para ver su aspecto. Pero el depósito solo reflejaba a una Laura oscura y borrosa, muy oscura y muy lisa, como la señora del viejo cuadro religioso que estaba colgado en el comedor y que llamaban el Leonardo.

—Las niñas se van a alegrar muchísimo —dijo Caroline.

Laura salió de su ensimismamiento. Así pues, estaba todo decidido: viviría en Londres con Henry, con su esposa, Caroline, y con sus hijas, Fancy y Marion. Pasaría a ser una inquilina de aquella casa tan alta de Apsley Terrace, donde hasta entonces solo había sido una cuñada pueblerina de visita. Reconocería algo en la fisonomía

de la fachada que le permitiría detenerse ante ella sin tibeos, sin echar siquiera un vistazo al número ni a la aldaba. Dentro, sabría sin vacilaciones cuál de las pulidas puertas marrones era cuál, y le acabaría siendo del todo indiferente la ubicación de la cisterna, que tanto la había desconcertado aquella noche que estuvo en vela intentando reconstruir la casa dentro de la caja de los muros exteriores. Saldría a Hyde Park a tomar el aire y miraría a los niños montados a lomos de sus ponis y a las elegantes y esbeltas damas de Rotten Row, además iría al teatro en cabriolé.

La vida de Londres era muy animada y emocionante. Estaban las tiendas, los desfiles de la Familia Real y de los desempleados, el túnel de oro de Whiteley's y el esplendor de las calles por la noche. Pensó en las farolas, tan imparciales, tan imperturbables en sus majestuosos *decrescendos*, y se sintió cohibida bajo su mirada escrutadora. Se la irían pasando de una a otra, a ella y a su sombra, mientras recorría las ignotas calles y plazas, que, conforme a las órdenes selladas del futuro, para entonces le serían familiares; y poco después acabaría dándolas por supuesto, como hacen los londinenses. Pero en Londres no habría un invernadero con un reluciente depósito, ni un chiscón para las manzanas, ni un cobertizo, terroso y cálido, con ramilletes de amapolas colgando del techo y una caja de madera llena de pipas de girasol, bulbos en bolsas de papel de estraza, madejas de cordón alquitranado y lavanda secándose en una bandeja de té. Todo aquello tendría que dejarlo, o limitarse a disfrutarlo como una visita más, a no ser que a James y Sibyl les diera por pensar, como a Henry y Caroline, que, por supuesto, se tenía que ir a vivir con ellos.

Sibyl dijo:

—¡Lolly, querida! De modo que Henry y Caroline te van a acoger... No tengo palabras para decirte cuánto te vamos a echar de menos, pero claro, preferirás estar en Londres. El viejo Londres, con sus nieblas pintorescas y tanta gente interesante y demás... Te envidio. Pero no vayas a abandonar del todo Lady Place. Tienes que venir a pasar largas temporadas con nosotros, para que Tito no se olvide de su tía.

—¿Me vas a echar de menos, Tito? —preguntó Laura, inclinándose hasta apoyar la cara en el rasposo babero y en la suave y cálida cabeza. Tito le agarró el dedo con las manos.

—Lo que seguro que echa de menos es tu anillo, Lolly —dijo Sibyl—. Cuando se marche la tía, tendrás que mordisquear ese viejo coral mientras te salen los demás dientes, ¿verdad que sí, ángel mío?

—Le daré el anillo si crees que lo va a echar mucho de menos, Sibyl.

Los ojos de Sibyl resplandecieron, pero dijo:

—De ninguna manera, Lolly; no se me ocurriría aceptarlo. ¡Es un anillo de la familia!

Cuando Fancy Willowses se hizo adulta, se hubo casado, y perdido a su marido en la guerra, y había ayudado al Gobierno conduciendo una camioneta y se había vuelto a casar por motivos patrióticos, le dijo a Owen Wolf-Saunders, su segundo marido:

—¡Mira que tenían poca iniciativa las mujeres de antes! Fíjate en mi tía Lolly. El abuelo le dejó quinientas libras al año; cuando él murió, la tía tenía casi treinta años, y sin embargo no se le ocurrió nada mejor que instalarse con mamá y papá, y desde entonces no se ha movido de allí.

—La situación de las mujeres solteras era muy distinta hace veinte años —respondió el señor Wolf-Saunders—.

Ya sabes, *femme sole* y *femme couverte* y todas esas bobadas.

Incluso en 1902 había algunos espíritus adelantados a su tiempo que se preguntaban por qué la señorita Willowes, que era bastante pudiente y no tenía visos de casarse, no se establecía por su cuenta y se dedicaba a alguna actividad artística o emancipada. A ninguno de los parientes de Laura se le pasaba por la cabeza semejantes posibilidades. Muerto su padre, daban por sentado que había que incorporarla a la casa de uno u otro de los hermanos. Y Laura, que se sentía un poco como si fuera una propiedad familiar que habían olvidado incluir en el testamento, no tenía inconveniente en que dispusieran de ella como mejor les pareciera.

El punto de vista era anticuado, pero los Willowes eran una familia conservadora y se ceñían a las antiguas costumbres. La preferencia, que no el prejuicio, los mantenía fieles a su pasado. Dormían en camas y se sentaban en sillas cuya comodidad los persuadía, sin que lo notasen, del respeto debido al buen tino de sus antepasados. Habiendo comprobado que la madera y el vino bien escogidos mejoraban con la custodia, pensaban que esa misma ley valía para las costumbres. La moderación, la conversación cortés, el esparcimiento de la mente y una fina sencillez eran cánones de conducta que les habían sido impuestos por el ejemplo de sus ancestros.

Ningún miembro de la familia Willowes había alcanzado un gran renombre observando aquellos cánones. Quizá fuera la tía bisabuela Salomé la que más se había acercado a la fama. Un respetable motivo de vanagloria familiar era que el hojaldre de la tía bisabuela había merecido los elogios del rey Jorge III. Y el devocionario de esta, con los oficios por el rey Carlos el Mártir, por la restauración de la Familia Real y por el bienestar de la Casa

de Hanover —un bonito ejemplo de piedad imparcial—, siempre era utilizado por la esposa del cabeza de familia. Salomé, a pesar de estar casada con un canónigo de Salisbury, se había quitado los guantes de cabritilla bordados, se había remangado y, con sus orejeras de encaje veneciano colgando sobre el cuenco harinoso, se había metido en la cocina a mezclar la masa de hojaldre para la comida de Su Majestad. Era una súbdita leal, una feligresa devota y buena ama de casa, y los Willowes estaban debidamente orgullosos de ella. Titus, su padre, había hecho un viaje a las Indias, y a la vuelta había traído consigo un periquito verde, el primero de su especie que se veía en Dorset. El pájaro recibió el nombre de Ratafee, y vivió quince años. Cuando murió lo disecaron; y posado en su aro como lo había estado en vida, se quedó colgando de la cornisa del aparador de la porcelana, contemplando a cuatro generaciones de la familia Willowes con sus ojos de cristal. A comienzos del siglo XIX se le cayó un ojo y se perdió. El ojo que lo sustituyó era más grande, pero inferior tanto en lustre como en expresividad. Esto dotó a Ratafee de una mirada más bien lasciva, pero no por ello comprometió la gran estima en que se le tenía. De una humilde manera, el periquito había marcado un hito en la historia del condado, y la familia lo reconoció haciéndole un hueco en la suya.

Junto al aparador de la porcelana y debajo de Ratafee estaba el arpa de Emma, verde y decorada con volutas doradas y hojas de acanto a la manera de David. A veces, de pequeña, Laura entraba a hurtadillas en la sala vacía y punteaba las cuerdas que no estaban rotas. Estas respondían con voz melancólica y distraída, y Laura se regodeaba con el miedo que le producía pensar que el fantasma de Emma regresaba para tocarlas con dedos gélidos, entrando en la sala vacía tan sigilosamente co-

mo lo había hecho ella. Pero el de Emma era un fantasma apacible. La joven había fallecido de un debilitamiento, y, cuando yacía muerta con un puñado de campanillas de invierno bajo las manos entrelazadas, le cortaron un mechón del cabello para bordarlo dentro de la imagen de un sauce con las ramas extendidas sobre una tumba acolchada de blanco satén. «Eso», decía la madre de Laura, «es una reliquia familiar de tu tía abuela, que pasó a mejor vida». Y Laura sentía lástima por la pobre Emma que, según le parecía, era la única de todos sus parientes que había tenido la desgracia de morir.

Henry, nacido en 1818, abuelo de Laura y sobrino de Emma, se puso al frente de la casa de los Willowes con apenas veinticuatro años, después de que su padre y, a los quince días, su hermano mayor soltero murieran a causa de la viruela. De joven, Henry había dado muestras de un temperamento errante y poco convencional, así que tuvo la suerte de contar con la licencia de que disfrutaban los hijos menores para seguir su propio rumbo. Había aprovechado esta libertad para casarse con una dama galesa e instalarse cerca de Yeovil, donde su padre le compró una participación en una fábrica de cerveza. Lo natural era esperar que, al convertirse en el cabeza de familia, Henry abandonase, si no a la esposa y la fábrica, al menos Somerset, y que volviese al terruño. Pero no quiso. Se había encariñado con la zona en la que habían transcurrido los primeros años de su vida de casado. Además, la desconsiderada broma de su tío el Almirante sobre que Henry estaba cortejando a una galesa que llevaba una chistera como la de la ocultista Mother Shipton y que se presentaría en la iglesia con los zapatos en la mano, lo había distanciado secretamente de sus parientes. Pero la razón de más peso fue que Lady Place, una pequeña y maciza mansión que llevaba tiem-

po codiciando, diciéndose que si alguna vez era lo bastante rico convertiría a su esposa en su dueña y señora, salió a la venta justo en aquel momento. La obstinación de los Willowes, que durante tanto tiempo había mantenido intacto el hogar de Dorset, iba a trasladar ahora este allende el límite del condado. La antigua casa se vendió, y los muebles y las pertenencias de la familia fueron instalados en Lady Place. Durante la mudanza, se rompieron varias cuerdas del arpa de Emma, la cola de Ratafee perdió unas cuantas plumas y la señora Willowes, que había recibido una educación evangélica, pasó varios domingos consternada por los tejemanejes que descubrió en el devocionario de Salomé. Pero, en general, la tradición Willowes soportó muy bien el traslado. Las mesas, las sillas y los armarios conservaban la misma ubicación de antes; los cuadros, aunque en unas nuevas paredes, estaban colgados en el mismo orden; y las colinas de Dorset aún podían verse desde las ventanas, si bien ahora estas daban al sur en vez de al norte. Incluso la fábrica de cerveza, a pesar de no formar parte de la tradición, se añejó enseguida y pasó a incorporarse de manera imperceptible al modo de vida de los Willowes.

Henry Willowes tuvo tres hijos y cuatro hijas. Everard, el hijo mayor, se casó con su prima segunda, la señorita Frances D'Urfey, que aportó más propiedades de los Willowes a la casa de Somerset: un estuche de granates, un juego de té beis y oro que le había legado el Almirante—un aficionado a la porcelana que había dotado de vajillas orientales, de Worcester y de Minton a todas sus sobrinas y sobrinas nietas— y dos óleos de maestros italianos que el más joven de los Titus, el hermano de Emma, había comprado en Roma cuando estuvo viajando por motivos de salud. Frances dio tres hijos a Everard: Henry,

nacido en 1867; James, nacido en 1869, y Laura, nacida en 1874.

Con ocasión del nacimiento de Henry, Everard reservó doce docenas de botellas de oporto para cuando su primogénito alcanzase la mayoría de edad. Everard estaba orgulloso de la fábrica de cerveza, y sostenía que era la bebida perfecta para los ingleses de todas las clases sociales, preferible a los vinos extranjeros. Pero su rechazo no incluía el oporto y el jerez; era el clarete lo que despreciaba de modo especial. Otras doce docenas de botellas fueron reservadas para cuando James creciera, y todo hacía suponer que ahí terminaría el asunto.

Everard era un gran admirador de las mujeres y deseaba con todas sus fuerzas tener una hija. Cuando lo consiguió, esta le resultó aún más preciada, ya que llegó en un momento en que casi había perdido toda esperanza de lograrlo. Sin embargo, en esta ocasión su júbilo no podía expresarse de un modo tan rotundo, ya que no podía reservar botellas de oporto para Laura. Por fin se le ocurrió cómo salir del aprieto. Tras viajar a Londres con el misterioso e inadecuado pretexto de que se estaba quedando calvo, volvió con una sarta de perlas, pequeñas y uniformes, que se ceñía a la perfección al cuello del bebé. Año tras año, explicó, se podía ir ampliando el collar hasta que este se ajustara perfectamente a una joven adulta en su primer baile de etiqueta. Este habría de celebrarse en invierno, pues quería ver a Laura engalanada de armiño. «Querido», decía la señora Willowes, «la pobre niña va a parecer un Beefeater». Pero Everard no se dejaba disuadir. Un armiño disecado que había visto de niño seguía siendo su ideal de una princesa encantada; ¡qué pureza, qué lustre, qué ingeniosamente acoplada la linda cabecita al largo cuello! «¡Viejo

zorro! ¿Cómo te atreves a enamorarte de un visón?», exclamaba su esposa.

Laura se libró del destino habitual de los recién nacidos, ya que no estaba en absoluto colorada. A Everard le pareció el mismísimo armiño, vivo y coleando. Se prendó de su feminidad desde el momento en que le puso la vista encima. «¡Ah, qué preciosa damita!», exclamó cuando se la enseñaron por primera vez, envuelta en chales y gimoteando bajo el intenso sol de una gélida mañana de diciembre. Tres días después deshelo, y el señor Willowses salió de caza con la jauría. Pero volvió nada más cobrarse la primera pieza. «Era una raposa», dijo. «Una preciosa raposa joven. Me recordó a la mía, y se me ocurrió venir a ver qué tal se estaba portando. Aquí está la cola».

Laura se crio casi como hija única. Para cuando hubo dejado atrás la primera infancia, sus hermanos ya se habían marchado al colegio. Cuando volvían a casa en vacaciones, la señora Willowses les decía: «Venga, jugad tranquilamente con Laura. Ella ha dado de comer a vuestros conejos cada día mientras estabais en el colegio. Y ojo, no dejéis que se caiga al estanque».

Henry y James hacían todo lo posible por acatar las órdenes de su madre. Cuando Laura se acercaba demasiado a la orilla del estanque, uno u otro se acordaba por lo general de llamarla; y antes de volver a casa, Henry, como medida de precaución, arrancaba una brizna de hierba y borraba todo rastro del delator limo verde que pudiese quedar en las zapatillas de su hermana. Pero jugar tranquilamente con alguien a quien sacaban tantos años era casi imposible. Desempeñaban la función fraternal de enseñarle a lanzar y a recibir; y cuando jugaban a los caballeros andantes o a los indios, a Laura le asignaban diligentes un pasivo papel femenino. De esta manera su

pundonor quedaba satisfecho y, aunque más adelante descubrieran que la princesa cautiva o la fiel piel roja se había escabullido para buscar la compañía de Brewer en la cochera o la del sapo Oliver Cromwell —que vivía bajo el tejadillo rojizo de hojas de violeta cercano al melonar abandonado—, el desarrollo de la historia no se veía demasiado afectado. De hecho, en cierta ocasión en que la princesa Laura había sido atada a un árbol, sus hermanos se entusiasmaron tanto con una serie de combates por obtener sus favores que olvidaron regresar para rescatarla antes de jurarse amistad y partir hacia Tierra Santa. El señor Willowes, al volver de la fábrica de cerveza envuelto en una crepuscular neblina de mosquitos, se acercó por causalidad al huerto a ver si los conejos le habían descortezado más retoños. Allí encontró a Laura, tan tranquila con sus grilletes de heno y canturreando la historia de una serpiente que no tenía chubasquero. El señor Willowes se enfadó muchísimo cuando gracias al despreocupado informe de su hija comprendió lo sucedido. Le quitó las zapatillas, le frotó los pies y después la llevó en brazos hasta su estudio, dando orden de que le preparasen de inmediato un vaso de limonada dulce y caliente. Laura, sentada en su regazo, lo bebió mientras él le hablaba del nuevo hurón. Al oír que Henry y James se acercaban, lanzando gritos de guerra, el señor Willowes la depositó en su butaca de cuero y salió a recibirlos. El griterío se volvió más débil y cesó tan pronto como los niños avistaron el rostro severo de su padre. Fue como si la noche se les echase encima con ademán condenatorio mientras su progenitor les recordaba que ya había pasado su hora de cenar y observaba que, de no haberse topado él con Laura, la pequeña seguiría atada al peral Bon Chrétien.